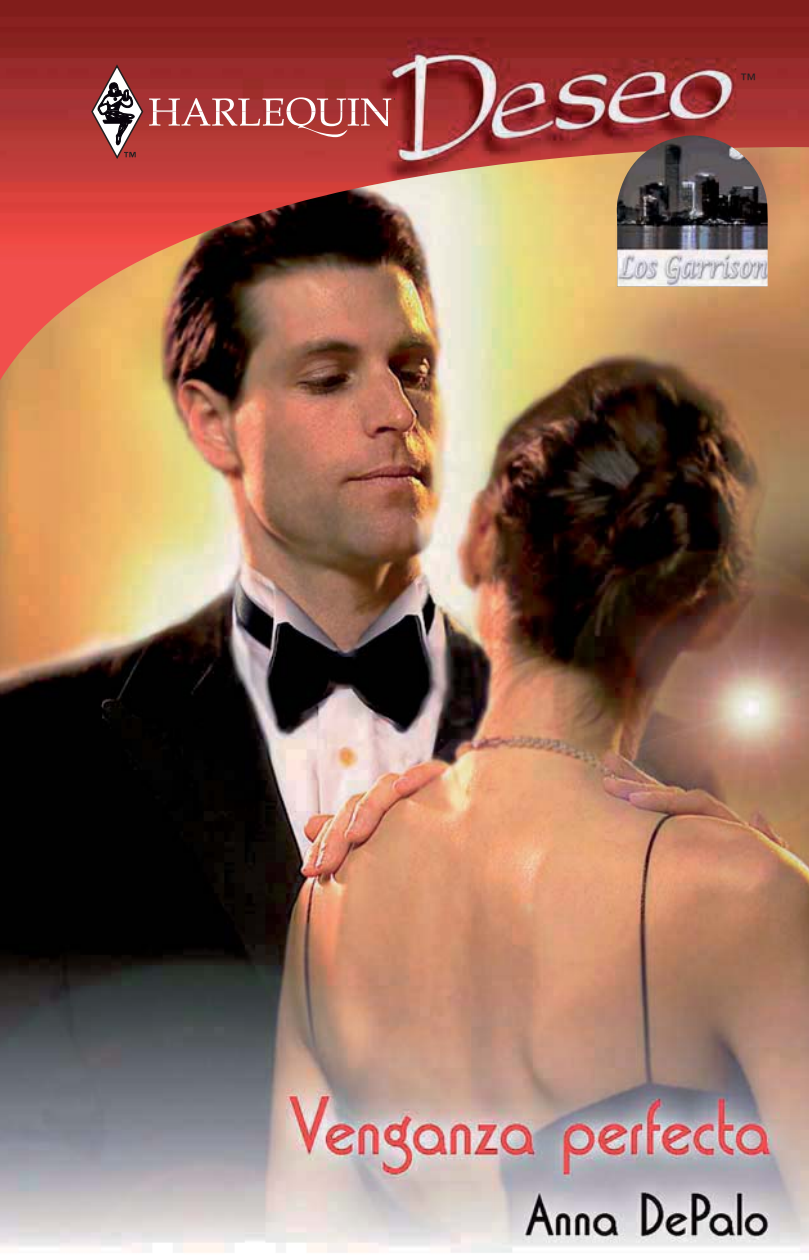
HARLEQUIN Deseo™

Los Garrison



Venganza perfecta

Anna DePalo

Deseo™

Venganza perfecta

Anna DePalo



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
VENGANZA PERFECTA, N.º 33 - julio 2010
Título original: Millionaire's Wedding Revenge
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8892-9
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

Desde que se había ido de Miami hacía ya cuatro años, Megan Simmons se había esforzado todos los días para recuperar el equilibrio y olvidarse del pasado, pero no le había resultado fácil alcanzar el equilibrio y el pasado la había perseguido constantemente.

En aquellos momentos, acababan de llamar a la puerta de su despacho, que estaba abierta. Al levantar la mirada de los documentos que tenía sobre la mesa, se encontró con los ojos del hombre al que creía que nunca iba a volver a ver.

Al instante, Megan sintió que se quedaba sin aliento.

Dejó los documentos que tenía en la mano sobre la mesa.

–Tu nueva asociada está completamente inmersa en el trabajo, Conrad.

Megan sintió que aquella voz recorría todo su organismo. Así había sido siempre. Sobre todo, en la cama.

Sin embargo, en esta ocasión, se dio cuenta inmediatamente de que Stephen hablaba en tono divertido e irónico.

Megan miró al hombre que lo acompañaba. Precisamente, había vuelto a Miami porque Conrad Elkind le había ofrecido pasar a ser socia de la empresa de diseño de interiores para la que antes trabajaba.

–Tengo muy buenas noticias, Megan –dijo el aludido muy alegre–. Nos han encargado que reformemos parte del Garrison Grand. Stephen quedó tan contento con el trabajo que hiciste en Garrison Inc. hace cuatro años que me ha pedido que seas tú personalmente quien se encargue de esta reforma. ¿No es fabuloso?

Megan miró a Stephen. Rápidamente, se dio cuenta de que aquello no era casualidad.

–Le he dicho a Conrad que no te dijera nada hasta que hubiéramos cerrado el trato –sonrió Stephen.

Megan sintió que la sangre se le helaba en las venas. De no haber estado sentada, habría necesitado sentarse.

Cuando había tomado la decisión de volver a Miami, lo había hecho siendo consciente de que podía encontrarse con Stephen, pero lo que no había esperado bajo ningún concepto era encontrarse trabajando para él

a las pocas semanas de haber vuelto a la empresa para la que solía trabajar.

Había regresado con la esperanza de que en un futuro no muy lejano la empresa pasara a llamarse Elkind, Ross, Gardner & Simmons, que era su apellido. Ahora, sin embargo, Stephen se cernía sobre su futuro como un obstáculo insalvable.

Megan recuperó la compostura y se puso en pie mirando con frialdad a aquel hombre que la había perseguido en sueños durante días y noches.

–Me siento halagada por tu petición –comentó rodeando su mesa.

Llevaba puesto un traje de falda de color arena y una blusa verde esmeralda a juego con sus ojos. Se alegraba de ir así vestida, con su armadura profesional, rematada por unas preciosas sandalias, guiño inconfundible al buen tiempo que siempre hacía en aquella ciudad.

Aunque estaban a finales de verano, hacía calor. El sol de septiembre aún brillaba con fuerza en el cielo y, aunque tenía puesto el aire acondicionado del despacho, los rayos de sol entraban a través de la persiana y Megan sentía su calor en la espalda.

A pesar de llevar sandalias de tacón y de que medía casi un metro setenta y cinco, Ste-

phen seguía siendo más alto que ella y su presencia resultaba intimidante. Desde su altura, irradiaba un carisma y un atractivo sexual de lo más evidente.

Aquel hombre alto, moreno y guapo, de pelo oscuro y ojos de color café tenía un cuerpo fuerte y musculado.

Megan había visto el efecto que tenía sobre las mujeres, que babeaban a su alrededor. Ella misma había babeado estando con él.

Incluso en aquellos momentos, estaba sintiendo ganas de babear.

Megan se preguntó si lo que volvía locas a algunas mujeres no sería el hoyuelo de la barbilla, un rasgo de la familia Garrison. Tenía el mismo hoyuelo que Cary Grant, pero, a diferencia del famosísimo actor, aquel hombre era un coleccionista de mujeres sin igual.

Megan observó su mano izquierda y comprobó que seguía soltero.

–Tengo que hacer una llamada –anunció Conrad consultando su reloj–, así que os dejo para que podáis hablar tranquilamente.

Lo último que Megan quería era hablar tranquilamente con Stephen Garrison, pero se obligó a asentir.

–Gracias, Conrad.

Una vez a solas con él, Megan elevó el mentón e inmediatamente, en cuanto se dio cuenta de que lo había hecho inconscientemente, se apresuró a bajarlo diciéndose que era ridículo ponerse a la defensiva.

–Hola, Stephen. Siéntate, por favor –le indicó–. Estoy segura de que tenemos lo que buscas.

–Eso espero –contestó Stephen con frialdad.

A continuación, cerró la puerta del despacho y a Megan le pareció que aquel sonido era el pistoletazo de salida del combate.

–Supongo que no es casualidad que estés aquí –comentó girándose hacia él.

–Supones bien –contestó Stephen–. He tenido que esperar cuatro años, pero quiero respuestas.

–Tengo la sensación de que no estamos hablando del Garrison Grand.

–Hace cuatro años te fuiste de Miami sin mirar atrás.

–Querrás decir que me fui y te dejé.

Stephen apretó los dientes.

–Ninguna mujer se atreve a dejar a un Garrison, ¿eh? –añadió Megan poniéndose las manos sobre las caderas, unas caderas que habían experimentado un parto desde la última vez que había visto a Stephen.

La maternidad le había inspirado un coraje nuevo y la había cambiado, convirtiéndola en una mujer diferente, en una mujer dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que su hija tuviera el futuro que se merecía.

Por eso había vuelto a Miami.

Hacía un mes que Jade y ella habían abandonado Indianápolis, su ciudad natal, para trasladarse a Miami, aunque sabía que era la ciudad de los Garrison y lo había hecho porque le habían ofrecido convertirse en asociada junior en la empresa de diseño en la que solía trabajar, lo que quería decir bastante dinero.

Tras observar detenidamente a Stephen, se dio cuenta de que los cuatro años que habían transcurrido desde la última vez que lo había visto también lo habían cambiado a él.

Megan sabía que tenía treinta y un años, sólo un año más que ella, pero tenía una madurez física con la que no contaba la última vez que se habían visto.

No era que hubiera empeorado, porque seguía tan guapo como siempre, sino que parecía moverse con más naturalidad. Por lo visto, ya no era tan histriónico a la hora de demostrar su poder. Parecía más relajado. Más sutil.

Sutil, sí, pero también más peligroso.

–¿Cómo te has enterado de que había vuelto? –le preguntó.

Stephen se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se acercó. Parecía encontrarse muy a gusto en un despacho que, en teoría, era territorio de Megan, que dio gracias de no haber tenido tiempo de colocar fotografías de su hija y rezó para que Conrad no le hubiera dado detalles de su vida privada.

–¿Que cómo me he enterado de que habías vuelto a Miami? –repitió Stephen como si necesitara un poco de tiempo para considerar sus palabras–. Eso es lo que más te importa, ¿eh?

Aunque le estaba hablando con educación y con mucha tranquilidad, a Megan no le pasó desapercibido el peligro que entrañaban sus palabras.

Stephen la miró a los ojos y Megan se sintió como si se estuviera ahogando en aquellas profundidades oscuras.

–Por lo visto, no le has dicho en ningún momento a tu amiga Anna que tú y yo fuimos pareja.

«Oh, Anna, ¿por qué demonios has tenido que hablarle de mí a Stephen Garrison?», se lamentó Megan.

Claro que no podía culpar a su amiga porque ni a ella ni a nadie le había contado lo que había sucedido en su vida cuatro años atrás.

Stephen sonrió con ironía.

–Si querías que tu retorno a Miami permaneciera en secreto, deberías habérselo hecho saber a la nueva señora de Parker Garrison.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no hacía que a Megan le costara menos aceptar la situación.

–Fue muy gracioso, la verdad –continuó Stephen dando a entender que, en realidad, le había parecido todo menos gracioso–. Estábamos en otro día comiendo en casa de mis padres en Bal Harbour y comenté que estaba buscando a un diseñador para reformar Garrison Grand. Y adivina de quién me habló Anna.

Megan apretó los labios.

–Me dijo que su amiga Megan Simmons acababa de volver a Miami para asociarse con Elkind –concluyó Stephen mirándola con intensidad–. Ni siquiera sabía que Anna y tú fuerais amigas.

–Anna entró a trabajar en Garrison Inc. por mí. Mientras reformaba vuestra empresa, conocí a gente del departamento de recursos

humanos y la recomendé para un puesto porque estaba deseando irse de Indianápolis –contestó Megan agarrándose con fuerza a la mesa.

Por lo visto, Anna no le había contado que tenía una hija. Si lo hubiera hecho, Stephen ya lo habría mencionado.

–Bien, bien, bien... –comentó Stephen acercándose un poco más–. Claro, eso fue hace cuatro años, poco antes de que huyeras de Miami.

–Antes de que decidiera irme de Miami –lo corrigió Megan.

En realidad, había huido.

–Claro, si no hubieras huido como un conejillo asustado cuando fui hacia ti en la boda de Anna y Parker –siguió Stephen haciendo como que no la había oído–, podríamos haber hablado en algún lugar mejor y no aquí.

Megan había acudido a la boda de su amiga con la esperanza de que Stephen no la viera entre los invitados, pero ahora le quedaba claro que no había sido así. La había visto a pesar de que se había dado mucha prisa en irse cuando había visto que iba hacia donde estaba.

El miedo a verlo le había hecho estar a punto de no acudir a la boda, pero por la estrecha

amistad que la unía a Anna, al final, había decidido ir.

Aun así, no estaba dispuesta a claudicar.

–No huí –contestó.

Stephen enarcó una ceja.

–Lo que pasa es que no quise estropearles el día a Anna y a Parker –añadió–. No quería escenitas

–No te pongas melodramática –se rió Stephen con frialdad.

–¿Tanto te cuesta creer que existen mujeres que no quieren flirtear contigo? –le espetó Megan comenzando a envalentonarse.

–De momento, ninguna mujer a la que le haya invitado a compartir la cama conmigo se ha negado –contestó Stephen–. Y en esa lista te incluyo a ti.

–Sí, pero fui yo la que te dejé –atacó Megan–. ¿Tanto te molesta, Stephen? ¿Qué pasa, que te rompí el corazón cuando te dejé? –Stephen apretó las mandíbulas–. No te preocupes, te prometo que no se lo voy a contar a nadie... –se burló Megan.

Stephen cerró los ojos y apretó los labios y Megan temió haberse pasado de la raya. Siempre se les había dado bien aquello de discutir y sacarse el uno al otro de sus casillas. Aquélla había sido una pieza clave en su intensa y corta relación.

Megan se recordó que nada de lo que ella había hecho podía compararse a la traición de Stephen.

–¿Y por qué te fuiste? ¿Acaso te estabas enamorando de mí? ¿Acaso tu fachada fría y distante se estaba empezando a derretir? Te recuerdo que el sexo entre nosotros fue siempre al rojo vivo.

Megan tomó aire.

–No seas tan creído –murmuró.

–Sabes perfectamente que funcionábamos muy bien en la cama.

Megan no había querido enfrentarse a él cuatro años atrás y por eso había decidido irse sin darle ninguna explicación, sin ni siquiera despedirse. Lo había hecho porque, en realidad, le había dado miedo que, si le decía que se había enterado de su traición, él la convenciera para que se quedara.

Porque lo cierto era que era débil en lo que a él concernía porque sabía perfectamente lo encantador que se podía poner cuando quería algo.

De repente, Stephen dio un paso atrás y se relajó un poco.

–¿Por qué te fuiste? –quiso saber.

–Ya te lo dije por teléfono.

–Me dejaste un mensaje en el contestador.

–Necesitaba cortar por lo sano –mintió de nuevo.

–Estuviste días sin contestar a mis llamadas –la acusó Stephen.

–Estabas fuera de la ciudad por motivos de trabajo –le recordó Megan–. Puede que tengas razón y que no fuera la mejor manera de dejarlo. Lo cierto es que nunca se me ha dado bien eso de dejar las relaciones. En cualquier caso, estaba convencida de que lo nuestro no tenía futuro y quería terminar con ello cuanto antes.

En realidad, se había ido porque había visto salir a una mujer de su yate.

Stephen apretó los dientes. Evidentemente, no le estaba gustando lo que estaba oyendo, pero tampoco quería discutir.

Megan interpretó aquel silencio como una confirmación de sus peores temores. Era obvio que, si no hubiera terminado ella la relación, Stephen la habría dejado rápidamente con algo así como «estuvo bien mientras duró, muñeca».

Megan sintió náuseas.

–Bueno, no ha sido para tanto, ¿verdad? –le preguntó Stephen–. Lo único que quería era que me dieras una explicación sencilla de por qué decidiste poner término a nuestra relación. Me lo podrías haber dicho en la boda de

Anna y no habríamos montado ninguna escenita.

Megan empezó a enfadarse.

–¿Me estás diciendo que, si hubiéramos tenido oportunidad de hablar antes, no estarías aquí para que te hagamos el proyecto de reforma? No te creo. Te conozco demasiado bien, Stephen.

–Me conocías, guapa –contestó Stephen con frialdad–. Me conocías igual de bien que cualquier otra mujer con la que me acostaba.

Megan pensó que aquellas palabras demostraban que sólo había sido una más. Claro que eso ya lo sabía. No había podido olvidarlo.

Una razón más por la que Stephen no debía enterarse jamás de la existencia de Jade.

Podía trabajar para él si no le quedaba más remedio, pero lo que no iba a permitir bajo ningún concepto era que Stephen estropeara lo mejor que había en su vida.

Stephen se quedó mirando fijamente a la mujer que lo había abandonado cuatro años atrás y de la que no había vuelto a saber nada.

La había deseado desde que la había visto

por primera vez saliendo de una sala de conferencias de su empresa, justo después de haber firmado con Parker, su hermano mayor, un contrato para que reformara las oficinas de Garrison Inc.

Salía riéndose de algo que le había dicho Parker y aquella risa, combinada con todo lo demás, lo había impactado.

Aquella mujer le había resultado espectacular. Se trataba de una mujer alta y pelirroja de piernas larguísimas y cuerpo de curvas voluptuosas.

Era Jessica Rabbit en todo su esplendor y de carne y hueso.

Al instante, Stephen se la había imaginado bajo su cuerpo, en la cama, con aquellas larguísimas piernas enrolladas alrededor de su cintura mientras él se perdía en su interior y, cuando aquella visión se había hecho realidad, había sido tan maravillosa como se la había imaginado.

Los cinco meses que habían estado juntos habían sido explosivos. Habían pasado fines de semana a bordo de su yate disfrutando el uno del otro y muy a menudo quedaban también a la hora de comer para verse.

Afortunadamente, el hotel más lujoso de South Beach era suyo y tenía una suite privada a su entera disposición.

A veces, cuando estaba harto de saludar a los huéspedes, gente que solamente pensaba en tomar el sol y salir a tomar copas por las discotecas cercanas, en lugar de irse a dormir a su casa de cuatro dormitorios, se quedaba allí.

En esa ocasión, quería dejar cerrado un asunto que llevaba demasiados años abierto, pero estaba irritado al descubrir que Megan seguía teniendo aquel efecto sobre él. Quería tocarla, le parecía irresistible a pesar de que había decidido poner fin a su relación dejándole un áspero mensaje en el contestador.

Había intentado ponerse en contacto con ella, pero no lo había conseguido; también le había dejado mensajes en el contestador y, al final, se había enterado por la recepcionista del estudio de diseño de interiores que Megan se había vuelto a Indianápolis.

Entonces, había decidido olvidarse de ella. Había sido una decisión tomada por su orgullo masculino, que estaba terriblemente herido. Aun así, con Megan había estado a punto de romper su norma número uno: no mirar atrás jamás.

Era la primera vez que una mujer lo dejaba. Estaba acostumbrado a ser él quien dejaba a las mujeres. Megan lo había abandonado. Ha-